

Europa 2017

Según el presidente electo de EE.UU., Donald Trump, y su equipo de transición, la Unión Europea camina hacia su disolución. No se sabe en qué proporción Trump y sus asesores están expresando un deseo o una predicción. En todo caso, es cierto que los partidarios del Brexit duro y los populistas anti-europeos en Francia, Holanda, Alemania e Italia se ven más cerca de conseguir sus objetivos después de la victoria de Trump. La razón es doble, por una parte se ha demostrado que lo que parecía imposible, por extremo y divisivo, ha resultado posible; por otra parte, esperan recibir ayuda, o como mínimo comprensión, del magnate inmobiliario, además de ayuda cibernética de los opacos hackers rusos.

¿Será, pues, el 2017 el año del principio del fin de la UE? La respuesta es que no en una probabilidad elevada. La catástrofe puede suceder pero no es probable. Y es así por tres razones. La primera es que la opinión pública sigue siendo mayoritariamente favorable a la UE, con grados de confianza de los ciudadanos superiores en las instituciones europeas que en las nacionales. El último Eurobarómetro muestra un apoyo al euro en máximos desde su entrada en vigor con el 75% de respaldo en los países de la moneda única. Curiosamente, los países más optimistas sobre el futuro de la UE son los nórdicos junto con España. También es curioso que en el Reino Unido haya un porcentaje mayoritario de optimistas similar al de Alemania. Otras encuestas muestran, además, que en los países principales de la eurozona el porcentaje de población que quisiera dejar la moneda única se ha reducido en el último año. Este es uno de los obstáculos a los que se enfrenta Marine Le Pen para ganar la segunda vuelta en las elecciones presidenciales francesas de mayo. François Fillon, o quizás Emmanuel Macron, deberían poder superarla ampliamente. En Holanda, Geert Wilders puede ganar pero será muy difícil que gobierne dada la fragmentación electoral.

La segunda razón es que Alemania, por su papel en las dos grandes guerras del siglo XX, está comprometida con el proyecto político europeo y hará todo lo posible para que salga adelante.

Sólo una deserción de Francia, con Le Pen al frente por ejemplo, cambiaría la situación en las elecciones alemanas de otoño. La inestabilidad de Italia, aunque genere problemas, está descontada en Alemania.

La tercera razón es que frente a un impredecible y caótico Trump, y el posible extremismo del Brexit duro que él alienta, la UE se perciba como un área de estabilidad una vez las amenazas de toma de control por parte de los populistas no se materiali-

Es muy probable que este no sea el año del principio del fin de la Unión Europea

cen. Para que esto sea así la UE debe hacer frente a diversos retos en un horizonte que difícilmente será federal, sino de mayor coordinación de las políticas nacionales bajo el liderazgo de Francia y Alemania. El Brexit deja en manos de estos dos países el futuro de la UE. No lo tendrán fácil, pues Trump fomentará la desunión –ya ha afirmado cuán inteligente ha sido el Reino Unido en salir de la Unión Europea, dado

que esta es “un vehículo para Alemania”–.

El gran desafío para la UE y la eurozona es cómo llevar adelante el proyecto con la restricción de un esquema confederal. Parece descartado establecer un ministro de Finanzas europeo que defina una política fiscal común, así como la mutualización de deuda a través de eurobonos, dado que no habrá integración política federal. Sin embargo, sin cesión de soberanía no se avanzará en la necesaria fiscalidad común para impulsar el crecimiento, constituir una defensa europea y completar la unión bancaria. Esta última avanzó con el Banco Central Europeo como supervisor del sistema bancario y con la constitución de un mecanismo único de resolución de entidades con problemas. Pero queda pendiente la constitución de un fondo de garantía de depósitos en la eurozona así como de un cortafuegos efectivo frente a crisis financieras. Estas dos medidas requieren un grado de integración fiscal superior al actual. Otro aspecto fundamental es que los retos a los que se enfrenta la UE necesitan una respuesta de gran escala. Esto es así en defensa, incluyendo la protección frente a ataques cibernéticos en los que Europa va muy por detrás de las potencias EE.UU., Rusia y China; en política energética, donde la división de los países europeos impide la protección efectiva del medio ambiente y favorece a los monopolios productores; y en investigación y desarrollo, donde la escala de los proyectos sobrepasa las fronteras nacionales.

La amenaza manifiesta de manipulación con noticias falsas de las elecciones en diversos países europeos, y el estímulo que pueden proporcionar tanto Trump como el Reino Unido, aflojando lazos con la UE, pueden servir de acicate para que esta reaccione. Es posible que se avance en alguno de los temas cruciales con soluciones institucionales confederales imaginativas. Hay países, como Suiza, que lo han conseguido. Un test de la capacidad de aportar soluciones será la negociación sobre el Brexit. La UE puede y debe emerger como el bastión de la democracia y los valores sociales frente al populismo, las autorocracias de Rusia y China y la imprevisibilidad de los EE.UU. de Trump. Vamos a ser, pues, moderadamente optimistas en relación con la Europa del 2017.●



ÓSCAR ASTROMUJOFF